

Recordar juntas: de la Guerra Sucia a la actualidad, los colectivos en Guerrero resignifican el dolor por sus desaparecidos

Desde la Guerra Sucia hasta la actualidad, las madres de víctimas de desaparición en Guerrero luchan por conservar su memoria histórica.

Roberto González, agosto 30 del 2022

«Esta es una historia que no ha terminado y comienza el día que mi esposo salió de la casa, nos despedimos de una manera muy fría, lo cotidiano de "hasta luego, que le vaya bien" y nunca regresó. Y lo sigo buscando», así arranca el relato de una mujer a la que entrevistó Yolvi Lena en una comunidad afrocolombiana en la que estuvo trabajando.

En la primera mitad del 2022, Yolvi Lena — quien trabaja para la Comisión de la Verdad en Colombia — conoció a las integrantes del *Colectivo de madres igualtecas*, quienes se aliaron para buscar a sus hijos desaparecidos en Iguala, Guerrero. La reunión ocurrió en el marco de un taller organizado por la asociación civil IDHEAS, donde fue invitada a compartir su experiencia en el trato con víctimas del conflicto interno en su país. Ella enfatiza que la construcción de la memoria histórica que viene desde ese tipo de agrupaciones es vital para evitar que las violaciones a los derechos humanos sigan ocurriendo.

Al recordar la narración de aquella mujer, Yolvi Lena llega a la conclusión de que en esos relatos «entran los procesos de la recuperación de la memoria [...] para que tengan sentido transformador, de justicia, de no repetición de los hechos». Lamentablemente, todas esas verdades ocultas que con los años van generando una memoria colectiva, enseñan que la historia sí se repite.



En Guerrero, el relato de las desapariciones comienza, según el Registro Nacional de Personas Desaparecidas y No Localizadas (RNPNDNO) en el año de 1967 y al día de esta edición acumula 5,565¹ ausentes. La base de datos del último informe elaborado por la Fiscalía Especial para Movimientos Sociales y Políticos del Pasado (FEMOSPP) —disponible en el Archivo de Seguridad Nacional de los Estados Unidos— llega sólo hasta el 1 de mayo de 1968, sin embargo, le da nombre a la primera persona desaparecida de la que tiene registro en Guerrero:

Santiago García, perteneciente a la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria, una organización político-militar que, junto a la Brigada Campesina de Ajusticiamiento, protagonizaron los movimientos guerrilleros del estado, los cuáles duraron desde fines de los sesentas hasta principio de los ochentas.

Esos fueron los años de Lucio Cabañas y Genaro Vázquez, de asambleas y organización comunal contra el despojo, de la guerra de guerrillas, pero sobre todo fueron años de opresión por parte del gobierno de Guerrero, primero, y después del Estado Mexicano. Los años de la Guerra Sucia, en los que policías, militares y gobernantes fueron los responsables de al menos 90 desapariciones donde participó alguna autoridad (RNPNDNO). Los años que dejaron un saldo de al menos 537 personas desaparecidas (FEMOSPP) en el estado de Guerrero. 205 personas desaparecidas sólo en Atoyac (según el Registro Nacional), el escenario principal de la guerrilla.

(Cifras lejanas a las más de 100 mil personas desaparecidas registradas al día de hoy, las cuales empezaron a acumularse más intensamente a partir de la llamada guerra contra el narcotráfico del expresidente Felipe Calderón Hinojosa.)

¹



Esos también eran los años de las Olimpiadas y el progreso. Mientras Latinoamérica sangraba a causa de golpes de Estado y dictaduras militares, las administraciones de Adolfo López Mateos, Gustavo Díaz Ordaz, Luis Echeverría Álvarez, José López Portillo, Miguel de la Madrid y Carlos Salinas de Gortari se proyectaban como estandartes de democracia, paz y desarrollo. Al tiempo que negaban la guerra, el suelo en el monte de Atoyac se mezclaba con la sangre de un movimiento social que surgió contra la opresión y concluyó con más opresión.

La maestra María Teresa Flores Solana explica que «el problema del no reconocimiento de los crímenes del pasado [...] es, entre otros, que el país se proyecte (desde entonces y hasta ahora) como un país democrático que no necesita pasar por ningún periodo de justicia transicional».

Para entender la Guerra Sucia, ella se acercó al *Comité ¡Eureka! e H.I.J.O.S. México*, quienes se organizaron hace décadas para exigir justicia por sus desaparecidos. Una de las victorias de esos colectivos y sus esfuerzos por construir memoria histórica ha sido la reciente creación de la Comisión para el Acceso a la Verdad y Justicia por Violaciones Graves a Derechos Humanos durante la Guerra Sucia (cuyo objetivo es impulsar la justicia, la reparación integral y el derecho a la memoria).

Pero a veces recordar es un tormento.

«Casi no hablo. Me duele mucho», doña Antonia sostiene en sus manos un pedazo de tela con el nombre de sus dos hijos y su esposo. A su alrededor, sus compañeras la miran, sostienen en las manos sus propios retazos de colores. Mientras cada una presenta a su familiar desaparecido, las demás escriben sus nombres. Otras se ayudan a unirlos con aguja e hilo, formando al final una gran colcha. Yolvi Lena las escucha atentamente y va guiando la actividad.



Durante el taller de IDHEAS, las integrantes del *Colectivo de Madres Igualtecas* estuvieron reunidas por dos días. Convivieron, comieron, se rieron y lloraron juntas. Se ayudaban a recordar. Donde acababa la memoria de una de ellas, empezaba el relato de su vecina. Si doña Jovita concluía narrando cómo un policía ministerial le quería cobrar \$10,000 pesos por «ir a investigar», la señora Esperanza retomaba contando cómo fueron policías y militares quienes se llevaron a su hijo junto con otro muchacho.

«Este momento que estamos pasando, créeme que les doy las gracias infinitas, porque son momentos muy importantes en los que nosotros nos unimos. Unimos nuestras fuerzas y sacamos nuestras tristezas. Por lo menos un poco», explica Sandra Luz Román, la representante del *Colectivo de Madres Igualtecas* y madre de Ivette Melissa, víctima de desaparición forzada desde el 19 de octubre de 2012.

Mientras las madres igualtecas escuchan el taller de Yolvi Lena, Sandra Luz constantemente recibe llamadas. Se levanta y las atiende. Se vuelve a sentar, participa y enseña también. Les cuenta a sus compañeras cómo hacer para que sus carpetas progresen. Ella se preocupa porque todas avancen juntas. Luego vuelve a recibir una llamada y se levanta.



«Para mí no es sano estarme acordando de la fecha. Para mí es un dolor muy grande, algo que yo no puedo controlar. Mira:» Sandra Luz extiende sus manos y muestra sus dedos con las uñas mordidas casi hasta la raíz

A casi 10 años de la desaparición de Ivette, su madre encontró un remedio para dejar de comerse los dedos. Cada que está en su casa y la depresión empieza a ocupar demasiado espacio, Sandra Luz saca los juegos de uñas con los que su hija trabajaba. Se sienta frente a una mesa y las va sacando una por una. Poco a poco va llenando la superficie con juegos de 10, cinco uñas por mano, una por cada uno de los años que lleva sin ver a su hija. Después, las vuelve a guardar, hasta la próxima vez que necesite de ellas.

La memoria histórica también está en las historias cotidianas, en describir a la persona como era antes de su desaparición: lo que le gusta comer, sus tenis favoritos, aquello que le molesta de su trabajo, la música que escucha cuando está triste, la mulletilla que le asoma cuando se pone nerviosa. Se les recuerda en vida porque la búsqueda es en vida.

¿Cómo recuerdas a tu familiar desaparecido?

«Ella es del 5 de enero, entonces siempre festejaba Día de Reyes y su cumpleaños. Entonces yo, hasta la fecha, los días 5 de enero corto una rosca de reyes y cenamos. Y ella tiene su silla, su porción que le corresponde y nosotros convivimos como si ella estuviera presente.

No sé dónde, pero quiero mandar a hacer un cartón para, en lugar de poner la silla, ponerla a ella ahí. Pero poner su figura, su imagen.

Son muchas cosas que yo hago con ella. Por ejemplo, cuando estoy con mis nietos sola saco la ropa de mi hija y le digo a mi nieta que se la ponga. Y pues a veces no lo quiero hacer porque sí me da mucho sentimiento, porque la vuelvo a recordar.

A veces agarro, cuando estoy muy... para no hacer esto [extiende sus manos para mostrar las puntas de sus dedos mordisqueadas] lleno mi mesa de todas sus uñas. Cada par, cada par. Y lo voy guardando otra vez. Es un ejercicio que me propuse y lo hago.»

- Sandra Luz Román, mamá de Ivette Melissa Flores Román. *Colectivo de madres igualtecas.*

«En donde pasaron los hechos no es aquí, sino en casa de mis papás. Eso fue algo que me dolió mucho, porque tuve que salirme de ahí por cuestiones de seguridad. Entonces tuve que mover todo. Pero aquí, la que es su recámara, porque aquí nació, está cómo a él le hubiera gustado. Yo tengo su ropa en su clóset. Obviamente sé que, si mi niño regresa ahorita, esa ropa no le va a quedar porque tenía 14 años. Mi niño medía 1.72 pero seguramente debe de medir más ahorita.

Tengo un altar en su recámara, frente a su cama. Es donde hago mi oración pidiéndole a Dios por mi hijo todos los días. Le hago videos mostrándole que lo tengo en mi altar, con fotos de cuando era pequeño, hasta el momento en que me lo desaparecieron.

Te seré sincera: a pesar de todo el tiempo que ha pasado, hay comidas que no logro hacer todavía. Que son de las que a él le gustaban. Por ejemplo, el atole de avena, o el atole de arroz con leche, o las entomatadas. Esas todavía no puedo porque a mi niño le gustan mucho y todavía no puedo evitar ponerme un poquito mal.

Sus bicicletas las tengo colgadas. Tengo un scooter que a él le encantaba. Era su juguete favorito. En su cama yo no permito que se acueste nadie. Su almohada. Porque es su olor.

De hecho, su ropa sucia, desde el 2011 todavía la tengo en una bolsa de plástico. Yo no la he lavado. Porque yo siento que todavía está su aroma ahí y no lo quiero perder.

Eso es lo que yo hago aquí en su casa.

Tenemos un pequeño jardín y le digo a mi esposo que yo necesito ponerle flores, porque cuando llego ya no está mi niño. Él siempre me decía “Hola, mami ¿cómo te fue en el trabajo? ¿quieres que te prepare algo de comer?”. Llego y la casa está sola. Todavía eso me afecta.

Yo llego y lo primero que hago es prender la tele. Mi esposo me dice “yo sí veo la tele, tú nomás la prendes”. “Es que tú no me entiendes”, le digo. Yo sólo la prendo para escuchar ruido, pero no me interesa lo que estén diciendo. Es sólo para no sentirme sola aquí.»

- María Emma Mora Liberato, mamá de José Alberto Téllez Mora. *Familias de Acapulco en Busca de sus Desaparecidos.*

«Recuerdo que él luego me decía “hay que hacer esto” y, por ejemplo, yo lo hago. Yo me acuerdo y digo “Voy a hacer eso, porque a mi hijo le gustaba hacerlo”. Yo me pongo a hacer lo que a él le gustaba hacer.

Yo luego le digo a mi hijo “Mira, papi, a tu hermano le gustaba esto” y me responde “ah sí, mamá. Hay que hacerlo”. Nos ponemos a dibujar. Le digo “a tu hermano le gustaba dibujarte” y me dice “bueno, hay que dibujarnos”. Nos sentamos los dos, mi hijo y yo. Él me dibuja, yo lo dibujo, dibujamos a su hermano, a mi hijo.

O las comidas. Luego me dice mi hijo “mami, ¿te acuerdas de que mi hermano Julio le gustaba comer esto? ¿Y si me lo haces?”. Y yo lo hago y comemos.

Yo hago lo que a mi hijo le gustaba hacer. Por ejemplo, cuando llegaba mi hijo, él me decía “Mamá, cuando llegue mi hermano de la escuela, pregúntele cómo le fue, qué hizo”. Y fíjate que sí, él ya está en la universidad y cuando llega le pregunto “¿Qué hiciste, papi? ¿Cómo te fue?” “Bien, mamá. Me fue bien. Ahora nos pusieron a plantar arbolitos” o “Hicimos un queso. Yo lo decoré así y me pusieron tanto de calificación”, él está estudiando nutrición.

Yo a mi hijo jamás en la vida lo voy a olvidar. Yo lo he dicho, hasta el último suspiro. Pero yo en todo momento y en todas las cosas recuerdo a mi hijo.»

- Clotilde Juárez Adame, mamá de Julio Alberto Salgado Juárez. *Colectivo de madres igualtecas.*



Para los 10 años de la desaparición de Ivette Melissa, la señora Sandra Luz quiere colocar una placa en Iguala, Guerrero. Aunque no tiene planes de detenerse, se prepara para el día en que no pueda seguir luchando. En sus años de búsqueda ha sido gravemente amenazada y se ha vuelto ella misma una víctima. El temor por su vida la llevó al desplazamiento forzado. Su cuerpo también le ha puesto retos importantes, sin embargo, sigue sobreponiéndose a los obstáculos. Apenas unos días después de regresar del taller, ya se encontraba llevando a cabo búsquedas en terreno.

Sandra Luz también cuenta cómo la han buscado cuando el familiar de alguien en Iguala acaba de desaparecer. En esos momentos, aunque siente miedo, se moviliza. Afortunadamente, ella ha podido participar del regreso de una persona con sus seres queridos. En parte por eso quiere dejar un precedente, algo que de testimonio de su esfuerzo. Cuando sale a hacer algo que pondrá su vida en peligro, siempre se dirige a su hija: «Tú eres mis ojos, tú eres mi fuerza y por ti hago todo».

i(dh)eas

LITIGIO ESTRATÉGICO EN DERECHOS HUMANOS, A.C.



Equipo Mexicano de Antropología Forense A.C.

fidh



Unión Europea

Este reportaje fue realizado en el marco del proyecto “Contribuyendo con familiares de víctimas y colectivos a la prevención, búsqueda, identificación, atención a familiares e investigación de casos de desaparición y desaparición forzada en México” financiado por la Unión Europea. El cual es ejecutado por Idheas Litigio Estratégico en Derechos Humanos AC (IDHEAS) en colaboración con la Federación Internacional de Derechos Humanos (FIDH) y el Equipo Mexicano de Antropología Forense A.C. (EMAF). El contenido de este documento es responsabilidad exclusiva de IDHEAS, FIDH y EMAF, y no necesariamente refleja los puntos de vista de la Unión Europea.